

## El caso de la inversión extranjera

— Envío del autor —

### 3.—Los verdaderos peligros del capital extranjero

Véase la entrega anterior.

Hemos visto cómo la inversión del capital extranjero en los países nuevos puede significar, y en realidad significa, una oportunidad para el desarrollo de las fuerzas económicas, para el adelanto intelectual de las masas y para una mejor edificación de la conciencia. Esta triple maravilla proviene de que el trabajo es la escala por excelencia para ampliar la conciencia humana, para que el hombre que está aún en las fronteras de la bestialidad pueda levantarse suavemente y armónicamente hasta la esfera de las creaciones intelectuales y físicas.

Podemos educar a la niñez e inculcarle las más avanzadas ideas de patriotismo, de civismo, de humanidad; podemos engalanar la mente del escolar adulto con todas las excelencias de las letras clásicas y modernas; pero si no damos a esa juventud la oportunidad del trabajo en el sentido rigurosamente económico, no podemos decir que le hemos dado la dirección total para la vida. El trabajo es la verdadera disciplina para la vida social e individual. El escolar puede salir de la Universidad con las mejores teorías, —pero— a menos que haya acompañado un perenne laborar económico durante su aprendizaje—este joven no podrá llamarse un hombre. La hombría en la edad moderna requiere, exige, voluntad, y la verdadera voluntad se muestra con el esfuerzo impuesto por la necesidad, no por el propio gusto o la propia selección; la verdadera voluntad es aquella que se aplica a un logro remoto, y no a un logro inmediato; la voluntad perfecta es aquella que, hace hoy lo que pudo dejar perezosamente para mañana; la voluntad cabal es aquella que se aplica directamente al logro de cuanto constituye la personalidad cívica, social, política y económica.

La necesidad primordial para los pueblos es tener oportunidades de trabajo que les permitan avanzar en la escala de la cultura, y esa oportunidad se las brinda con eficacia la inversión del capital extraño, la llegada del dinero y del crédito extraño acumulados en otros países, porque el dinero es el gran provocador de la actividad humana. Puede decirse que es la bandera a cuya vista se ponen de pies todas las actividades del hombre. Un pueblo de labradores perdido en un rincón de la tierra, complacido de su vida reposada y tranquila, despertará a una era de actividad fabril si alguien llega a ofrecerle trabajo con mejores salarios que los salarios conocidos, y si al mismo tiempo puede adquirir con esos mejores salarios aquellas cosas por las cuales ha suspirado siempre, pero que su pobreza no le permitió nunca alcanzar.

Porque el invertor extranjero siempre causa eso: la elevación de los salarios, no precisamente por su propia munificencia, que no se puede esperar de quien invierte con el propósito de recoger más de lo que riega, sino porque aumenta la demanda del trabajo y al aumentar al mismo tiempo el medio circulante establece el espejismo económico de que los trabajadores que reciban una moneda con menor poder adquisitivo se hagan la ilusión de que ganan y que deben ganar más. Este oro extranjero sirve de estímulo al consumo, y por allí contribuye a que se eleve la norma de vida de los nativos. Al elevarse esta norma de vida la conciencia popular se amplía con mayor confort, más amplia comprensión del progreso y el acicate de las nuevas exigencias

personales. Cada vez resulta que el invertor extranjero tiene que pagar mejores salarios en las tierras donde invierte, mientras el margen de utilidad que le queda entre el precio, el costo de producción y los precios establecidos por la plusvalía mundial se lo permitan. Y este margen, seguramente, continúa mientras la norma general de vida en los países nuevos no alcance la norma de los países viejos; mientras en el país nuevo no se capitalice rigurosamente todo el conjunto de los factores en la producción económica. Entre estos factores, uno que sirve de indicador peculiar de ese progreso, es el valor de la tierra. Mientras la tierra de un país nuevo—en otras similares circunstancias que no pueden enumerarse de una vez — permanezca con un valor menor que el de las tierras de los países antiguos, las oportunidades de inversión provechosa continúan allí sin agotarse.

Como todas las diligencias humanas, la de la inversión encierra sus peligros y tiene su táctica especial para convertirse en un poder de expropiación económica tan pronto como le llega el turno de percibir retornos, y esta táctica consiste—y contra ella deben estar alertas los pueblos nuevos—en monopolizar las fuentes mismas de la producción de la riqueza en su forma natural, como las tierras y las cascadas, las costas y el subsuelo. Otras veces la táctica especial consiste en apoderarse de otras formas de producción de riquezas que por su misma naturaleza económica deben revestir los caracteres genéricos de los monopolios, y esto se hace con la construcción de ferrocarriles, acueductos, plantas generadoras de energía eléctrica y negociaciones mineras especiales. Cuando el país nuevo hace formal e ilimitada entrega de esos medios de producción, de hecho enajena una parte valiosa de su autonomía económica, de su libertad, y se somete a una obligación cuyo cumplimiento puede implicar por largo tiempo, una vida de trabajo, una vida de producción de riqueza en beneficio casi exclusivo de los concesionarios extranjeros. Porque, como antes decimos, esas empresas revisten forzosamente la condición de monopolio, y para que sean viables deben revestirla así. No podemos imaginar la competencia comercial en el transporte ferroviario porque al

establecerla estaríamos gravando rudamente el costo de vida del país. Una línea ferroviaria que una a Guatemala con San José de Costa Rica, para ser construida, necesita ampararse en una concesión especial que no permita la construcción de otra vía paralela entre las dos ciudades. Si calculamos ligeramente un costo de 30.000 dólares por milla de vía férrea y establecemos como distancia económica posible ochocientas millas entre las dos ciudades, la línea costaría 24 millones de dólares. Dos líneas férreas costarían cuarenta y ocho millones. Si admitimos que las tarifas de transportes de las dos empresas entrasen en competencia, tenemos que admitir que ninguna de las dos las bajaría más allá del costo neto del transporte; pero como el volumen del transporte tendría que dividirse entre las dos empresas, por el hecho de tener su tráfico reducido, el costo neto del transporte en las dos empresas sería forzosamente más alto que el costo de una sola empresa, aunque esta empresa tuviese que equiparse con material rodante más costoso al operar sin competencia. Iguales consideraciones podemos llevar a otras formas de monopolio, y deducir de todas ellas que por la magnitud de esas empresas y la significación socio-económica que envuelven, todas ellas deben ser amparadas por concesiones especiales para que el capital extranjero se aventure en su construcción.

El hecho histórico de un siglo es que esas concesiones se otorgaron al capital extranjero, sin limitación racional alguna, por todos los países del nuevo mundo. La razón es obvia. Esos países necesitaban desarrollarse a todo trance. Tenían tierras en abundancia y las podían dar en grandes extensiones sin aparente perjuicio de la población nativa. Por otra parte, el capital extranjero necesita rodearse de toda clase de garantías para invertirse en los países nuevos. Equivale a decir, necesitan invertirse con un ciento por ciento de probabilidades de éxito. Hay que tomar en cuenta el poco comercio de esas tierras nuevas, la escasa población, el capital nulo que entra en actividad en otras formas de empresas y hasta la inestabilidad política y social. Los pueblos jóvenes tenían que rendir tributo a los pueblos viejos, y lo rindieron sin murmurar quizá presintiendo que las oportunidades de liberación económica son infinitas para aquellas comunidades donde la conciencia colectiva sabe expresarse en forma digna. Y así en efecto, con pocas excepciones, todos esos países de inversión se han colocado a una altura desde la cual les

QUIEN HABLA DE LA

## Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO  
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

**CERVEZAS**  
ESTRELLA, LAGER, SELECTA,  
DOBLE,  
PILSENER Y SENCILLA.

**FABRICA:**  
REFRESCOS  
KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

**SIROPES**  
GOMA, LIMÓN, NARANJA,  
DURAZNO, MENTA,  
FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

**SAN JOSÉ — COSTA RICA**